

ELOGIO DE LA LUZ

La Catedral de Nuestra Señora de Los Angeles

La búsqueda de la Modernidad nos llevó a descubrir nuestra antigüedad. ...Inesperada lección histórica que no sé si todos han aprendido: entre tradición y modernidad hay un puente. Aisladas, las tradiciones se petrifican y las modernidades se volatilizan; en conjunción, una anima a la otra y la otra le responde dándole peso y gravedad.

OCTAVIO PAZ

A fines del año 2002, en la ciudad de Los Angeles, California, tuvo lugar la ceremonia de inauguración de una nueva Catedral Católica, obra del arquitecto español Rafael Moneo, para quien la arquitectura eclesial era una asignatura pendiente.

Ese atardecer del 3 de septiembre del 2002, Rafael Moneo, desde el presbiterio y rodeado de su familia y sus amigos, reseñó con emoción el tránsito recorrido entre la teoría y la praxis, ese laborioso y apasionante arco iniciado con los primeros atisbos del diseño y culminando en el final de la obra que en ese feliz instante se entregaba a la ciudad. Desde su particular punto de vista, Moneo confesó su anhelo de ver esta Catedral como un espacio urbano, un escenario capaz de acoger las múltiples expresiones de la vida civil, tal como lo han hecho, y lo siguen haciendo, aquellas magníficas catedrales erigidas durante el Medioevo Español.

Rafael Moneo es uno de los arquitectos que mayor interés despiertan en la actualidad. Sus cualidades como teórico, docente y arquitecto, ejercidas todas en simultaneidad y con un brillo análogo, lo sitúan en la cumbre más alta de la cultura contemporánea.

Su obra responde a un complejo y múltiple repertorio de ideas. En ella convergen distintos sistemas que dan lugar a obras de extraordinaria riqueza, donde las cuestiones propias del “hacer la arquitectura” y las consideraciones conceptuales se alzan al unísono, subyaciendo siempre un conjunto de reflexiones recurrentes: la conciencia histórica, los particulares rasgos del lugar, la materia, la belleza, la

necesidad... “La grandeza de la arquitectura descansa en su papel de testigo de muchas realidades: en lo que yo llamo su *condición mediadora*”, afirma el arquitecto. Estricto a la hora de proclamar la distancia entre el autor y la obra, Moneo se ha resistido a la creación de un lenguaje propio, convencido de que las particulares circunstancias del lugar y del encargo hacen que cada obra de arquitectura sea un evento único e irrepetible.

LA OBRA Y EL LUGAR

En este apretado extracto de la memorable conferencia “Inmovilidad Substancial”, dictada por Rafael Moneo en 1993, podemos percibir la sensibilidad con que el arquitecto desarrolla su personal concepción de la idea arquitectónica de “lugar”.

... “Ocupar un lugar significa tomar posesión de él. Construir implica la consunción del lugar.” ... “Se trata simplemente de afirmar que la arquitectura pertenece al lugar. Así se explica por qué la arquitectura debe ser apropiada, lo que a mi entender quiere decir que debe reconocer, tanto en un sentido positivo como en un sentido negativo, los atributos del lugar. Entender cuáles son esos atributos, entender el modo en que se manifiestan, es el primer movimiento del proceso que sigue el arquitecto cuando comienza a planear un edificio.”

El “lugar” de la Catedral de Los Angeles es el centro de la ciudad: un amplio terreno rectangular de casi cuatro hectáreas de superficie, próximo a edificios administrativos. Se trata de una parcela exenta, limitada en sus cuatro costados por vías públicas de diversa jerarquía, siendo determinante la presencia inmediata y tangente de la Hollywood Freeway. La persistencia y magnitud del movimiento vehicular de esta carretera nos remite, inexorablemente, a una de las características más definitorias y constantes de la ciudad de Los Angeles: el flujo y la velocidad. El terreno cuenta, además, con una ligera pendiente que se desarrolla longitudinalmente, alcanzando —dada la extensión de la parcela— una diferencia de aproximadamente doce metros entre ambos extremos.

Atento a esta realidad topográfica y al entorno que la rodea, Moneo construye un nuevo suelo horizontal que compromete el terreno en toda su extensión, estableciendo un plano calmo, propicio para fundar en él lo trascendente. Esta operación radical, de felices consecuencias urbanas, permite liberar el solar de la contingencia, empinándolo ahora sobre la carretera y el resto de las calles adyacentes, anulando de este modo la presencia vertiginosa e inquietante del tráfico urbano. Simultáneamente, al construir un nuevo espesor para el terreno, surge un espacio intersticial —entre la cota más baja y la nueva plataforma— en el que se construyen, y a la vez se ocultan, los estacionamientos para automóviles.

El edificio de la Catedral se ha construido en el sector oeste de la parcela, el más alto, desde donde se yergue como un hito reconocible a la distancia. La residencia del Cardenal, las oficinas y los salones comunitarios se ubican en el extremo opuesto del solar, despojándose de todo protagonismo para exaltar la presencia solemne y monumental del templo. De esta disposición surge un vacío abierto y disponible, una plaza-atrio que articula los edificios propuestos y los une por medio de soportales, creando allí una plaza que propicia el encuentro y celebración de la vida civil.

La dispersión que caracteriza la ciudad aquí se congrega y lo trivial queda subordinado a lo trascendente...

REFLEXIONES SOBRE LA PLANTA DE LA CATEDRAL

Apelando a su propia memoria histórica, Moneo optó en esta obra por rendir tributo a las iglesias del pasado caracterizadas por la planta cruciforme.

Para el arquitecto, el concepto de “tipo”, sobre el cual es posible estructurar una continuidad histórica, se constituye en un concepto que por definición es dinámico, capaz de aceptar cambios estructurales que dan origen a un “tipo” renovado. Es así como el “tipo” permanece, pero de una manera nueva, atento a aceptar nuevas solicitudes de las que surgirán nuevas variables.

En la Catedral de Los Angeles la planta cruciforme tradicional se libera de sus simetrías para expandirse libremente y acoger un uso más contemporáneo del espacio, de carácter más assembleístico.

La planta aparece como una visión anticipadora y totalizadora del edificio, como un trazo entre la teoría y la obra. “Una planta”, dirá Le Corbusier “es un resumen, como un índice analítico de materias... contiene una enorme cantidad de ideas y una intención que la impulsa”.

La planta de la Catedral está ligeramente girada con respecto a la ortogonalidad inmediata de la ciudad, buscando la dirección canónica del oriente. De este gesto surge un rico despliegue geométrico donde la libertad de los trazos establece una sutil y poética relación entre las partes y el todo. Por otra parte, resulta bellísima la tensión que surge entre los gruesos muros de hormigón donde la masa alude al peso de la materia -confiriéndole al dibujo el rastro de la historia- y, por otra parte, esos mismos muros dispuestos con libertad revelan un inequívoco compromiso con la modernidad, al paso que la fragmentación que caracteriza la planta alude al estado del arte al final del siglo XX.

Desde la plaza–atrio se accede al interior del templo a través de portones que se han dispuesto lateralmente a cada costado del ábside, dando inicio a un itinerario que, al final del recorrido, nos llevará hasta la nave. En estos deambulatorios se han dispuesto una serie de capillas individuales (de distintas devociones), las que están invertidas y abiertas a la circulación, dando forma con su espaldar a la nave principal. Este recurso constituye un hecho sin precedentes en el arte eclesial.

La estrategia de proponer en la Catedral un modo atípico de acceso, extendiendo el tránsito entre lo cotidiano y lo sagrado, resultó particularmente acertado. Otro tanto habría que decir de las capillas invertidas, las que animan el recorrido dejando entre ellas pequeños intersticios que revelan y anticipan la nave, concentrando en ella los ritos sagrados que le son propios.

LA EXPERIENCIA

En el recorrido se respira una alta densidad plástica y conceptual. Dios está presente al igual que el arte... La experiencia es una condición inalienable de la arquitectura, pues ella da cuenta, en un último término, de la necesidad como origen y fin de todo proyecto.

Una atmósfera luminosa y diáfana inunda el espacio.

“Entiendo la luz... como la protagonista de un espacio que pretende recuperar el sentido de lo *“transcendente”* y presentarse como sentido de lo sublime. De ahí que para mí”, dirá el arquitecto, “sea la luz el vehículo que nos ha de conducir a la experiencia de aquello a lo llamamos *“sagrado”*, y juegue un papel primordial en la catedral. Por un lado, la luz reflejada por las capillas, que la han captado en los amplios ventanales, nos orienta en los caminos de los deambulatorios que conducen a la nave; esta luz no es muy diversa de aquélla que encontramos en las iglesias románicas. Por otro, la luz filtrada a través del alabastro crea una atmósfera luminosa, difusa y envolvente, en la que flota lo construido, confiando en hacernos vivir una experiencia del espacio próxima a la que tuvimos en algunas iglesias bizantinas. Por último, la vidriera-cruz que preside el ábside entiende la luz como metáfora mística de una presencia de Dios que se manifiesta en los rayos de sol que a través de ella nos llegan”.

Camino a través de los deambulatorios laterales. Las capillas invertidas atrapan una luz reflejada que esconde su origen, produciendo una atmósfera de recogimiento que envuelve al visitante. La paz que allí se respira hace más lento el compás del acceso, el espacio se vuelve ritual... Al final del recorrido, y tras un giro, la nave revela toda su majestad.

Lo que en la planta es fragmentación, aquí -en la percepción sensorial de la forma, en el registro racional de las distancias y de las alturas- se transforma en una totalidad compleja y poética a la vez.

La cruz que desde el exterior domina la plaza, “flota” en el interior sobre el ábside, en medio de la claridad que irradia el alabastro. A medida que avanzamos hacia el altar, la sección de la nave se expande. La apertura de la fuga atenúa la perspectiva. La luminosidad de la cruz parece más cercana... La experiencia nos remite al Barroco. No obstante los sutiles y complejos cruces de la historia, lo que prevalece es el espíritu de la Modernidad.

Siento que una atmósfera de plenitud recorre las entrañas de la Catedral. La experiencia sobrecoge.

MATERIA

En la Catedral de Los Angeles el hormigón da fiel testimonio de la libertad y ductibilidad formales que son propias a su esencia plástica, la que nos refiere sin vacilación al ideario estético del Movimiento Moderno. Pero, no obstante lo anterior, se siente en esta Catedral el peso de la historia. Es claro que este nuevo edificio fue construido para estar allí durante siglos. Me emociona la persistencia de Moneo en concebir una arquitectura sólida, construida para permanecer, cuando hoy la estabilidad que caracterizó al mundo en el pasado parece interesar sólo a unos pocos. Así lo demuestra buena parte de la actual producción arquitectónica: la exaltación del cambio y la necesidad de representarlo han impulsado a los arquitectos a desechar los materiales duraderos, y a pensar los recintos como cuerpos fluidos, gaseosos e inestables, negando una dimensión fija y permanente del espacio.

Para Moneo, materia y arquitectura constituyen un todo indisoluble: “La arquitectura llega cuando nuestra idea de ella adquiere una condición real que sólo los materiales pueden dar”. Y es que sólo en esa específica realidad de lo construido se pueden verificar las ideas que el arquitecto plasmó en el proyecto. Es en esa realidad material donde se evidencia la dimensión tectónica de la arquitectura, que hace del espacio un abrigo de la necesidad. Sólo en lo construido tiene origen la experiencia envolvente y totalizadora de habitar.

El hormigón a la vista constituye el material protagónico de esta construcción. La potencia máterica se despliega por todos los rincones, abarcando el interior y el exterior indistintamente, dando lugar a una lectura integral del espacio, análoga a la experiencia de entrar en las iglesias de la antigüedad. El cielo de madera, convexo y desplegado por la nave hasta el ábside, se funde cromáticamente con los muros, acentuando el carácter envolvente y dominante del hormigón. Este hormigón desnudo, de factura prodigiosa, teñido de un color cálido y elegante que,

a la distancia, sugiere un mármol travertino, evoca tiempos pasados, mientras que la plasticidad de las formas nos conecta con la modernidad, sintetizando en una amalgama lo remoto, lo racional y lo tecnológico. Y en esto reside buena parte de la poética del material.

Una luz cálida baña los muros de hormigón. La luz y la materia conforman una alianza indisoluble. Ambas se necesitan: la luz aligera los muros, los redibuja, los muros dóciles la reciben y la reflejan. Asocio la escena a imágenes indelebles en mi memoria: esas bellas iglesias románicas, como talladas en una sola piedra, que entre el siglo X y la primera mitad del XIII albergaron la vida monacal en Europa. Tal vez esos extraordinarios testimonios de la arquitectura del pasado sean para mí una de las más bellas expresiones de lo construido por el hombre.

Cae la tarde en Los Angeles. El anhelo de trascendencia se erige como un contrapunto en medio de la dispersión.